



VI

LOS PRIMEROS TRIUNFOS. TIXTLA

Los episodios de la primera campaña, y principalmente el triunfo de Tixtla, merecen más atención, sobre todo porque podemos reproducirlos siguiendo libremente un relato de don Ignacio M. Altamirano.

En 1811 era el subdelegado y comandante militar don Joaquín de Guevara, rico hacendado que, por su caudal y su influencia poderosa, venía a ser en aquellos rumbos lo mismo que era en la cañada de Cuernavaca el célebre realista don Gabriel de Yermo, es decir, el señor feudal y fuerte columna del gobierno.

Desde que Morelos apareció en la costa, a fines de 1810, y se acercó a Acapulco, Guevara, siguiendo las órdenes del virrey, se mantuvo a la expectativa.

Sin embargo, procuró desde aquellos meses reforzar los regimientos de milicias, encargando su mando a entendidos jefes; fortificó la plaza, reunió considerable número de municiones de guerra, hizo traer ocho piezas de artillería, que colocó en un fortín en una elevación del lado occidental de Tixtla, a la izquierda de otra conocida con el nombre de El Calvario y dividida de ella por una calle profunda y por un acueducto, y otros puntos en que levantó fuertes parapetos. y se dedicó a vigilar el camino real de Acapulco.

En este empeño le ayudaba oficiosamente el cura don Manuel Mayol, poblano y furibundo realista.

Este cura predicaba cada cuatro días en el púlpito contra la Independencia y sus caudillos. Pero, con particularidad, hablando de Morelos, llegaba hasta el frenesí. Al principio lo presentó solamente como un rebelde insignificante, que en breve iba a ser colgado en una almena del castillo de Acapulco; pero a medida que Morelos fue cre-

ciendo en importancia militar, el furor del cura no conoció límites, y llegó en sus diatribas hasta lo absurdo y lo grosero. De este modo logró exaltar el ánimo de la gente ignorante de su feligresía, haciendo entender que la guerra de los insurgentes era contra Dios y la religión, y que combatir contra ellos era combatir los poderes infernales.

A mediados del mes de mayo, el coronel realista don Nicolás Cosío fue enviado a la plaza de Tixtla, para tomar el mando de las tropas y ayudar a Guevara en la defensa de la plaza. Fuentes previó que habiendo salido Morelos de El Veladero por el camino de la sierra, no tardaría en aparecer en la zona militar encomendada a Guevara.

Así, pues, sabiendo que los Bravo reunían gente en lugares cercanos a Chilpancingo y que elaboraban parque en la gruta de Michapan, resolvió, de acuerdo con Guevara, acabar de una vez con aquellos conspiradores. Organizó una división, compuesta de 600 hombres, y poniéndola bajo el mando del comandante español don Lorenzo Garrote, jefe veterano que había venido últimamente de la península, dio orden a éste de que pasase a Chichihualco y de que se apoderase de los tres hermanos Bravo, vivos o muertos.

Morelos se dirigió, después de salir de El Veladero, a la pequeña hacienda de La Brea, que está situada en las primeras cumbres de la Sierra Madre, y allí se detuvo, tanto para apoyar a su retaguardia, que fue atacada por el jefe español Fuentes, quien logró apoderarse de un cañón abandonado a causa de las asperezas del camino, como para dar tiempo a los Bravo para que se adelantasen y preparasen en Chichihualco a sus tropas.

Adelantáronse, pues, don Leonardo, don Miguel y don Nicolás, y tan luego como llegaron a su hacienda, se pusieron de acuerdo con don Víctor y reunieron a todos sus parciales amigos. Cuando don Hermenegildo Galeana llegó con su regimiento de Guadalupe, se encontró ya con la gente de los Bravo dispuesta.

Mientras que venía Morelos que se había quedado atrás dos jornadas, Galeana, obedeciendo las órdenes recibidas, determinó dar descanso a su tropa, en tanto que los Bravo disponían mejor la suya y se procuraban víveres. El comandante Garrote llegó a Chichihualco a las doce del día, 21 de mayo, y encontrando algunos pelotones de gente armada, los atacó, logrando arrollarlos. Pero avisados los Bravo y Galeana, que se hallaban en la casa de su hacienda, corrieron a ponerse al frente de sus compañías. Galeana se dirigió al río, donde los costeños se bañaban y lavaban su ropa, y haciéndolos tomar sus machetes, desnudos como estaban, los condujo frente a los realistas,

lanzando su terrible grito de guerra: “¡Galeana!, ¡Galeana!”, que debía ser por mucho tiempo el terror de sus enemigos.

Los realistas, sorprendidos a su vez, aterrados ante el aspecto de aquellos intrépidos combatientes negros, que acometían como fieras, y flanqueados además por la caballería de los Bravo, echaron a correr, dejando en poder de los insurgentes armamento, parque, dinero y cuantas cargas llevaban.

El comandante Garrote llegó el primero a Chilpancingo, y sin detenerse allí más que el tiempo necesario para beber agua, se dirigió a Tixtla, en donde entró en la madrugada del día 22 a despertar a Cosío y a Guevara con la noticia del desastre.

Cosío y Guevara reunieron todas las tropas de que pudieron disponer: el regimiento llamado “Fijo de México”, cuyos soldados eran conocidos popularmente con el nombre de “Los Colorados”, a causa de su brillante uniforme de paño de grana; el regimiento Lanceros de Veracruz, las compañías de Milicianos de Tixtla, Chilapa, Zumpango y Tlapa, que no habían ido a Chichihualco, y los dispersos de esta acción.

Además, dieron armas a todos los hombres aptos para combatir en Tixtla, entre los que se hallaban como 400 indígenas, a quienes, por manifestarse decididos en favor del gobierno, se admitió en las milicias, confiándoles la defensa de algunos puntos importantes, siempre bajo el mando de jefes españoles.

Todas estas fuerzas formaban un conjunto de 1,500 hombres, en una plaza de guerra con buenas fortificaciones, con ocho piezas de artillería, bien municionada.

Morelos, sin perder tiempo, había llegado a Chilpancingo al anochecer del día 24, al frente de 600 hombres.

Las tropas descansaban. El caudillo, alojado en casa de los Bravo, era festejado con un banquete, al que asistían los jefes y oficiales insurgentes. Los soldados fraternizaban con los vecinos, y las hermosas chilpancingueñas, afamadas por su belleza y su gracia, lejos de espantarse ante la aparición de los “demonios de Morelos”, habían despojado sus huertos para que la casa del general insurgente apareciera al amanecer del día 25 adornada de flores, cortinas y alfombras.

La tarde del día 25 se pasó en Tixtla sin novedad. A las seis y media, las tropas acuarteladas en la casa de Comunidad, o que vivaqueaban en el cementerio de la parroquia, convertido en fuerte, salieron a formarse para pasar lista.

Cosío y Guevara pasaron revista, después de lo cual y según la costumbre militar de aquel tiempo, los tambores y pífanos tocaron la oración, que escucharon los soldados con las armas al hombro y los oficiales descubierta la cabeza. Luego, y al concluir la diana, que seguía al toque de oración, Cosío gritó con voz fuerte por tres veces: “¡Viva el Rey!”, grito que repitió la tropa.

Cosío llevaba uniforme de coronel de dragones, huácaro azul con solapas blancas y botones de oro, pantalón blanco y botas fuertes. Era un hombre alto, como de cuarenta años, buen mozo y densamente pálido, casi amarillo por las calenturas de la costa. Llevaba el cabello según la moda introducida por el virrey Venegas, corto y con espesa furia sobre la frente.

Destituido del mando de la división realista del sur por Venegas, a causa del mal éxito de sus operaciones contra Morelos, también tal vez por ser mexicano de origen, se veía ahora subalterno al coronel español Fuentes, quien lo había enviado, quizás con malicia, a unirse a Guevara para que asumiera la responsabilidad de un nuevo desastre.

Guevara se había puesto el uniforme de coronel de Milicianos provinciales, lujoso y flamante, que apenas había usado dos o tres veces en los grandes días de parada. Pero él, conservando los usos añejos de un ricacho del año 9, llevaba todavía el peinado de coleta cuidadosamente rizado y empolvado; la barba afeitada, los puños y la pechera con encajes, calzón corto, ricas medias de seda y chinelas con hebillas de oro.

Cosío había formado su línea de batalla en una colina chata y pedregosa, cercana al fortín que llamaba de El Calvario, porque estaba al lado de esa capilla, y frente a otra que se llama Piedras Altas. Sabía, por sus exploradores, que Morelos había salido de Chilpancingo a la una de la mañana y que no tardaría en presentarse.

El “Fijo de México”, apoyando en el fuerte su extrema izquierda, estaba listo para entrar en acción. Los Lanceros de Veracruz, situados a retaguardia del Fijo, y las cuatro piezas de grueso calibre puestas en batería en el fortín, cargadas a metralla y con sus artilleros mecha en mano. El plan de Cosío consistía en dejar acercarse a la columna insurgente sin hostilizarla, y teniéndola a tiro de fusil, cargar sobre ella, apoyándose en todo caso en el fuerte. Así, en un combate rápido, iba a decidir el primer encuentro, quedándole, en caso de un desastre, el apoyo de la plaza, en cuyas fortificaciones se habían colocado otras cuatro piezas, distribuidas en dos bocacalles en el cementerio de la

parroquia, defendiéndolo todo las compañías de milicianos y los vecinos armados, al mando de Guevara.

Los tambores y los pífanos acababan de tocar diana, y aún resonaban los gritos de “¡Viva el Rey!”, cuando por el camino de Chilpancingo apareció la descubierta de caballería de los insurgentes. Luego comenzó a desfilar también la infantería y el regimiento de Guadalupe, desplegada al aire la bandera blanca y azul. Después venían tres pequeñas piezas, cargadas en mulas; el parque, y a retaguardia, la caballería.

De repente resonó un “¡viva!” en las filas insurgentes, y en una colina más cercana al fuerte apareció un grupo de jinetes, llevando en el centro una bandera negra. Ahí estaba Morelos.

Morelos llamó al padre Talavera, que, en su calidad de teniente coronel, venía montado y equipado militarmente.

—Antes de derramar sangre —le dijo— es necesario dejar a salvo nuestra responsabilidad. Para mí es un caso de conciencia, y me propongo siempre, antes de atacar una plaza, intimar rendición.

Talavera partió con bandera blanca y tambor, y como no mediaba gran distancia entre la meseta de las Piedras Altas, en que se hallaba formado el pequeño ejército insurgente, y la empinada cumbre del fortín, pronto llegó al pie de esta última, y allí tocó parlamento.

Cosío no quiso que se introdujera al parlamentario a la línea realista, sino que salió a caballo, acompañado del comandante Garrote; bajó la quebrada cuesta de la colina y se acercó a Talavera.

Luego que hubo escuchado la intimación, contestó con altanería:

—Puede usted contestar al jefe que lo envía, que los soldados fieles al rey, como yo, no quieren pláticas con rebeldes, y que es ridículo hacer intimaciones, con una chusma como la que está ahí, a una plaza que tiene fuerza regular y tres veces mayor. Esta es mi respuesta; y no vuelva usted a presentarse con bandera de parlamento, porque no será respetada.

Dadas las últimas órdenes, Morelos, que estaba a pie, montó en su caballo negro.

Los tambores tocaron el paso de ataque; los Galeana se pusieron en movimiento a la cabeza de sus columnas en dirección al fortín, en silencio y veloces.

Un momento después, un cañoneo vigoroso y acertado infundía el terror en la plaza y en la población, desmontaba las dos piezas del frente del atrio, derribaba una parte de la torre y anunciaba finalmente el asalto.

Este no duró más que el tiempo necesario para que bajasen las columnas la cuesta de El Calvario. El regimiento de Guadalupe, muy disminuido pero fuerte todavía en más de 300 hombres, y guiado siempre por los Galeana y por Vicente Guerrero, avanzó por los puntos señalados, y horadando casas o marchando a pecho descubierto, se acercó a las últimas fortificaciones de la plaza, en donde los milicianos y los vecinos armados hicieron una resistencia desesperada. Don Miguel y don Víctor Bravo tomaron toda la parte fortificada del norte; Guerrero penetró hasta el pie de los parapetos levantados a espaldas de la parroquia, y en cuanto se oyeron las descargas de la columna que guiaba Morelos en persona, Galeana ordenó el asalto al atrio de la parroquia. Las tropas de la plaza, que aún se hacían fuertes en varias casas de la plaza, aspilleradas y claraboyadas, no tuvieron otro recurso que tocar parlamento y rendirse.

El cura mayor y sus vicarios, trémulos de espanto y revestidos con los ornamentos sagrados, se hallaban en el presbiterio arrodillados, rezando en alta voz y teniendo al Santísimo expuesto en el altar mayor.

Aún resonaban algunos tiros en el atrio, cuando las puertas de la sacristía, que daban al presbiterio, se abrieron y el capitán Vicente Guerrero, descubierto y con el sable metido en la vaina, se presentó e hizo ademán de hablar.

El cura se precipitó a su encuentro.

—Señor don Vicente; Vicentito, hijo mío; tengan ustedes misericordia de nosotros; aquí no hay más que mujeres.

—Señor cura —dijo Guerrero—, la plaza es nuestra; pero no tengan ustedes cuidado alguno, porque sabemos respetar a la gente pacífica.

—Vicentito, amigo mío, por lo más sagrado que tenga usted, acompáñeme a ver a S. E. el señor Morelos para aplacarlo.

—Señor cura —dijo Guerrero—, no hay necesidad de aplacarlo; lo que va usted a hacer es inútil. Ya he dicho que las familias pueden retirarse en paz.

Pero el cura, llevando el Santísimo y seguido de sus vicarios y de una gran multitud, salió de la iglesia, atravesó el atrio, sembrado de heridos, y fue a la plaza, en donde Morelos aseguraba a los prisioneros que se le habían rendido.

Al ver el caudillo todo aquel aparato, se indignó, y descubriéndose, pero sin bajarse del caballo, vino al encuentro del cura.

—Excelentísimo señor —dijo éste—; en nombre de este Divinísimo Señor, ruego a V. E. que tenga misericordia de tantas familias.

—Señor cura —contestó Morelos—, ¿a qué viene todo este aparato, que desdora a la religión? Nadie ofende a las familias, ni nosotros somos las fieras que usted pinta. Vaya usted a depositar al Santísimo y a tranquilizar a esa pobre gente, que sólo usted ha podido espantar.

Después, Galeana le presentó a Morelos 300 indios de Tixtla, que habían sido hechos prisioneros en la parroquia y en otros puntos.

—Guerrero —dijo Morelos—, usted que habla el mexicano, diga a estos naturales que están libres, y que si quieren seguir nuestras banderas, los recibiré.

Guerrero arengó a sus compatriotas y les dirigió palabras tan expresivas, que todos ellos pidieron seguir con los insurgentes.

Y agrega don Ignacio Altamirano, para terminar su narración:

“Tal fue la toma de Tixtla, tan notable, pero tan poco descrita hasta ahora. Las gacetas oficiales —como dice Almánán— nada volvieron a decir de los sucesos de esa campaña del sur, después de abril de 1811, porque todos fueron favorables para las armas insurgentes. Cosío y Guevara no pararon en su carrera hasta México, adonde vinieron a explicar cómo 600 hombres pudieron tomar una plaza defendida por 1,600 con ocho piezas de grueso calibre.”

Las ventajas del ejército independiente obligaron a Fuentes a dejar de hostilizar El Veladero y marchar a situarse con todos sus elementos en Chilapa. Morelos dividió sus fuerzas, dejando a Galeana y Bravo en Tixtla, y marchando él para Chilpancingo con el resto del ejército.

Fuentes creyó poder aprovecharse de esta división, y juzgando a Tixtla como el punto más débil, lo atacó el 15 de agosto, día en que parte de los soldados insurgentes festejaban en Chilpancingo la solemnidad de la Asunción. Galeana y Bravo resistieron con energía, y cuando la situación comenzó a hacerse peligrosa, recibieron auxilios de Morelos, que asaltando a Fuentes por la retaguardia, mientras los sitiados hacían mayor empuje por el frente obligó al jefe español a emprender la fuga desordenada hacia Chilapa, dejando en poder de los insurgentes 400 fusiles, otros tantos prisioneros y tres cañones.

Sólo tres días pudo descansar Fuentes en Chilapa, y a pesar de haber recibido refuerzos de tropas de Oaxaca, no se atrevió a presentar nueva resistencia a Morelos, que se aproximaba amenazante, y abandonó la ciudad, que ocupó el caudillo del sur, tomando dos cañones más y gran cantidad de pertrechos de guerra.

El resultado total de la campaña consiste en la formación de un cuerpo de tropas bien armadas, porque el caudillo no recibía en las filas más gente de la que podía dotar con armamento útil, y desde entonces estableció como sistema para conceder nombramientos y ascensos, sólo premiar y recibir a "los soldados que son capaces de mantenerse impávidos al frente del enemigo, y organizados conforme al reglamento".

Creció el prestigio de la causa independiente, y el fermento que se agitaba en todo el país, y especialmente en la ciudad de México, amenazando provocar un estallido, se avivó con los triunfos del caudillo del sur. Las gacetas, inspiradas por el gobierno colonial, que se esforzaban en desvanecer la importancia de estos sucesos y que anuncianaron en un número extraordinario la retirada de los rebeldes de El Veladero, cuando se dirigían hacia Chilpancingo, habían enmudecido, alcanzadas por el espanto general. Morelos adquirió algo mejor todavía: el concurso de los Avila y Galeana y los Bravo, que primero con su prestigio y después con sus acciones, fueron para la causa de la Independencia auxiliares insustituibles.

Don Hermenegildo Galeana, don Nicolás Bravo y más tarde don Mariano Matamoros, valieron cada uno para Morelos como todo un ejército, y siempre que se alabe la memoria del gran general, es justo asociar a su nombre los de sus mejores soldados.